

ros del renacimiento italiano, y su adquisicion fué seguramente la mas valiosa que consiguió el emperador. Su rivalidad por el obispado de Magdeburgo, en que venció el elector Juan Federico, le empujó al campo enemigo, y de este modo, aunque no obtuvo el protectorado del arzobispado citado y del obispado de Magdeburgo, consiguió en el convenio que hizo en Regensburg con Carlos V y el rey Fernando que le prometieran la dignidad electoral y el territorio de Juan Federico en ciertas condiciones, pues que por lo pronto los Habsburgos solo deseaban su neutralidad. Mauricio procuró conservarse expresamente su libertad religiosa como protestante, pero tuvo que prometer por escrito que se sometería á las resoluciones del concilio general en todo aquello á que se sometieran los demás príncipes alemanes, y el emperador le prometió verbalmente que en los artículos que el concilio dejara sin arreglo quedaria por lo pronto libre. De esta misma manera tranquilizó el marqués Juan de Custrin su conciencia protestante al entrar al servicio del emperador en calidad de coronel de caballería y además de él aceptaron análogos cargos entre los príncipes protestantes el sobrino del anterior, Erico II de Brunswick, y el marqués Alberto, hijo del ambicioso Casimiro de Brandeburgo. La conducta de la liga de Smalcalda respecto de Enrique de Brunswick habia irritado no solamente á esta familia sino tambien la de Hohenzollern. La política imperial aprovechó todas las ventajas, tanto las divergencias dinásticas como el disgusto visible de la nobleza por el aumento siempre creciente del poder de los príncipes. Distinguíase sobre todos entre los descontentos el landgrave, cuya conducta, además del interés de su orgullo ofendido, obedeció al interés material para hacerse accesible á las tentaciones de los enviados imperiales. Los descontentos recordaban la osadía de Francisco de Sickingen y su caída. Desde la Franconia hasta el Hartz prestaron vivo oído los condes, señores é hidalgos á los enviados de Carlos V, que les prometieron ventajas materiales y la conservacion de su independencia y de sus privilegios. El landgrave dice en una carta que en el Norte de Alemania habia muchos señores territoriales dueños de mucha gente y de caballos, que seguian á todo el que les daba dinero, sin el cual no sabian cómo mantenerse. Así los nobles partidarios del duque de Brunswick desposeído, deseosos de volver á pelear con sus contrarios, acudieron presurosos á alistarse bajo las banderas del emperador.

Los miembros de la liga de Smalcalda no ignoraban ya que se trabajaba y se hacian armamentos contra ellos; y meses hacia que el landgrave se esforzaba por despertar de su letargo á sus compañeros, y sobre todo al elector de Sajonia; pero fué inútil que el landgrave, á la excusa indigna de que Dios haria todas las cosas bien, contestase que aquella confianza era tentar á Dios. Todavía el 10 de junio, cuando el emperador estaba ocupado en firmar nombramientos de co-

ronales de regimientos mercenarios alemanes, se obstinó el elector en no creer en las predicciones de guerra del landgrave; y tanto él como otros correligionarios suyos que rehuían la lucha armada respiraron satisfechos cuando al tener noticia de la paz firmada entre Francia é Inglaterra en 6 de junio, oyeron que los turcos meditaban un ataque formidable contra la Hungría. Solo cuando el emperador no pudo retener una carcajada al oír en 13 de junio una exposicion de los miembros protestantes del imperio, se convenció el elector Juan Federico de que hasta entonces habia estado ciego. Al día siguiente el cardenal de Augsburgo, Oton Truchsess, declaró á un señor de opiniones reformistas que la guerra que iba á estallar no tenia por motivo la religion, sino solo la desobediencia del landgrave por no haber acudido al parlamento. Entonces los protestantes excitaron á sus compañeros católicos del parlamento á solicitar en comun del emperador una explicacion sobre el objeto de sus armamentos; pero su excitacion no tuvo éxito y así no hubo mas remedio que dar este paso aisladamente, como lo hicieron en 16 de junio. El emperador, por conducto de Naves, les contestó que queria restablecer en el imperio la union, la paz y el derecho y que procedería contra los discolos conforme á justicia y en virtud de su autoridad. Inmediatamente despues se dirigió á las cuatro grandes ciudades libres del Mediodía de Alemania, dándoles la seguridad tranquilizadora de que se trataba únicamente de reducir á la obediencia á ciertos príncipes perturbadores de la paz que con el pretexto de religion habian despojado á otros miembros del imperio de territorios suyos y faltado á la majestad imperial. Declaraciones análogas fueron comunicadas al duque de Wurtemberg y á los suizos. El plan era aislar la Sajonia electoral y el Hesse, procedimiento empleado algunos años antes contra Julich y que tan buenos resultados habia dado.

Por fin, despues de aguardar con paciencia el momento oportuno, desenvainó Carlos V la espada, y lo que á los reformistas habia parecido hasta entonces un suceso futuro y hasta un espantajo eventual, fué súbitamente realidad. En tan grandes decisiones es tan incalculable el momento de su realizacion como el momento de la muerte de los hombres, y por lo mismo sorprende siempre. El cálculo imperial estaria hecho con mucho cuidado y todos los factores que debian tomarse en cuenta habian sido valuados de la manera mas verosímil. No obstante, algunos resultaron falsos, y nada menos que su aliado en Roma fué el que quitó la máscara al emperador, con la cual queria enganar á los protestantes, mientras la revelacion del peligro inmenso que amenazaba á los herejes alemanes, en lugar de paralizar sus fuerzas, las despertó y aumentó, conforme lo expresa un personaje reformista de Augsburgo, que escribió entonces: «No hay otra alternativa: ó faltar miserablemente á Dios y á la honradez ó pelear.»

LIBRO TERCERO

LA GUERRA Y LA PAZ RELIGIOSAS

CAPITULO PRIMERO

LA GUERRA DE SMALCALDA

La fatalidad quiso que el movimiento mayor que ha engendrado el pueblo alemán se atrofiase, por causa de los intereses encontrados religiosos y políticos; porque mientras la emancipacion de Alemania del dominio espiritual de Roma lleva el sello manifiesto de su origen alemán, al propio tiempo el curso de la misma reforma destruyó la esperanza de ver realizado otro objeto no menos deseado, á saber: la creacion de un Estado nacional. No fué aquella la primera vez que los alemanes del siglo XVI encontraban el obstáculo que se oponia á la creacion del Estado, obstáculo que consistia en la dignidad imperial con su carácter internacional; pero la experiencia que hicieron en el citado siglo fué quizás mas dolorosa que todas las otras hechas en cualquier otro período de su historia. Los mismos potentados particulares que antes se habian opuesto como aliados del papado á toda concentracion monárquica del imperio, se levantaron á la sazón contra su emperador, por ser los únicos protectores de la independencia eclesiástica, apenas conquistada y tan gravemente amenazada. El destino quiso que la emancipacion de las cadenas de Roma no pudiera ya separarse de la causa de la independencia y libertad de los príncipes; de suerte que el porvenir del protestantismo alemán solo pudo alcanzarse renunciando á la reforma política del imperio. Seria injusto exigir de los hombres de aquella época un conocimiento claro y preciso de esta situacion, tanto mas cuanto que hemos tenido que señalar mas de una vez entre los protestantes un sentimiento robusto y rutinario de respeto ante el nombre imperial y un remordimiento de su propia desobediencia é indocilidad. Seria completamente inútil entregarse á divagaciones sobre la cuestion de si una monarquía mas ó menos centralizadora bajo el cetro de los Habsburgos habria satisfecho el antiguo ideal del pueblo alemán de un imperio nacional y reformador de la sociedad alemana. En todo caso es probable que este ideal no se habria realizado. Con toda seguridad puede decirse que no era Carlos V el hombre capaz de identificarse con los intereses de la nacion alemana, y no es menos cierto que el imperio se encontró mejor siempre que este monarca extranjero se vió imposibilitado de dedicarle toda su atencion. Siempre involucró sus intereses extranjeros con los asuntos de Alemania, cuyo sacro imperio solo tenia valor para él como indispensable baluarte contra el poder turco y como país propio para reclutar gente de guerra; porque por lo demás, nunca se cuidó de las necesi-

dades de Alemania como base y punto de partida de su política universal. Mas bien podian glorificarse los Países-Bajos de que este monarca, aunque no hijo verdadero del país, por lo menos descendiente de sus soberanos legítimos borgoñones, se creyera su soberano nacional. Para tomar el emperador la resolucion de hacer la guerra en Alemania, tuvo en cuenta que el triunfo eventual de la Reforma en Colonia, es decir, en el bajo Rhin, podia producir una conmocion de la fe católica y simultáneamente de su dominio en los Países-Bajos, contingencia que estaba decidido á evitar «á toda costa.» Bajo el mando de semejante soberano extranjero la Alemania habria podido tener en el mejor caso una repeticion del gastado sistema imperialista; pero no como potencia principal, que era antes, sino como país secundario de la monarquía universal, con España por centro.

A los alemanes, tanto católicos como protestantes, parecia una invasion extranjera la entrada de las tropas españolas é italianas de Carlos V; y razon tenian los partidarios de la liga de Smalcalda cuando dijeron que luchaban no solamente por la causa de Dios sino tambien por la de Alemania. Entonces echaron de ver que el emperador era tan extranjero para ellos como el Papa, y en una cancion popular protestante de aquel tiempo se cantaba: «No queremos gobernante extranjero, ni menos español.»

Lo que Carlos V se esforzó ya en vano por disimular, ocupaba en primer término la imaginacion de los alemanes: es decir, que la guerra que meditaba era para él una guerra de Dios, ó sea una guerra religiosa. Así lo comprendieron finalmente no solo los protestantes sino tambien los católicos, y sobre todo el mismo Papa, como hemos visto. En la corte romana no tuvieron oculto este carácter verdadero de la guerra que se preparaba, y no se contentaron con hablar en cartas confidenciales de que se trataba de la salvacion de la fe católica y del castigo de los herejes sino que Paulo III entregó solemnemente en 4 de julio á sus dos nietos, Alejandro y Octavio, una cruz y una bandera para la campaña alemana, y el 15 del mismo mes publicó una bula de indulgencias «á favor de la paz general y del exterminio de las herejías.» No era posible descubrir mas bruscamente el juego del emperador; y es posible que los Farnesios, sin exceptuar al mismo Papa, envidiaran el triunfo fácil y completo de su poderoso aliado sobre los protestantes. Sin embargo, la situacion que siguió á la declaracion de guerra, pues como tal debe considerarse la contestacion imperial del 16 de junio, parecia indicar que el emperador pagaria muy cara la prematura revelacion de sus intenciones.

Al parecer habia hecho vacilar á los protestantes la aparente separacion de la cuestion religiosa de la política, pues

Augsburgo, la ciudad de los Fugger y Welsler, habló al principio en favor de la paz; el mismo landgrave quedó durante algunos días tan temeroso del peligro, que quiso volver á las negociaciones, solicitando la mediación de su yerno Mauricio, y el mismo Ulrico de Wurtemberg continuó aconsejando á ambas partes un arreglo amistoso. Estos accesos de debilidad quedaron, sin embargo, pronto vencidos y no se realizó la esperanza del emperador de que los alemanes del Mediodía se separaran de sus aliados y compañeros de la liga, siendo justamente la ciudad de Augsburgo y el landgrave los que emprendieron con actividad febril los preparativos belicosos. La guerra pareció de improviso tan inevitable á los miembros de la liga de Smalcalda, tanto ciudades como príncipes, y se mostraron tan decididos, que por un momento pareció que habían desaparecido de entre los miembros del imperio la antigua indolencia alemana y el amor á la paz. De los individuos de la liga de Smalcalda se había pasado al partido del emperador únicamente el marqués Juan, á pesar de las amonestaciones conmovedoras de su piadosa madre; y entre los protestantes del Mediodía de Alemania solo los condes palatinos, el elector Federico, Oton Enrique y la ciudad de Nuremberg observaron una conducta dudosa. Fuera de estos miembros se habían conservado por de pronto la union y el celo protestante de los miembros de la liga, principalmente de las ciudades, aun mas de lo que hubiera podido esperarse. Gereon Sailer, médico en Augsburgo, escribió al landgrave en 5 de julio: «Aquí en la alta Alemania estamos unidos y erguidos. Es evidente que hemos de pelear, como se dice, *pro aris et focis*, por nuestro Dios y nuestra patria, y Dios no nos abandonará.» El landgrave dijo á su confidente Butzer que él combatiría con honor, y en caso de perder se consolaría con trocar por la gloria eterna sus bienes terrenales.

Desde los primeros tiempos de la Reforma no se había levantado la voz de la opinion pública en Alemania tan clara y tempestuosa como entonces al anuncio de la magna é inminente decision. Mientras los caudillos del movimiento se expresaban entonces por lo general en prosa y á veces en forma de diálogo, se manifestó en los años de guerra la excitación inmensa del pueblo en canciones ya belicosas, ya satíricas ó quejumbrosas, ó en poesías históricas ó didácticas. Entre los poetas resaltan eclesiásticos como Justo Jonás y Schradin (el reformador de Reutlingen), industriales honrados como Juan Sachs y sobre todo soldados mercenarios anónimos, que, á manera de guerreros brutales, tratan sin consideración á los adversarios ya sirviéndose del nombre de Dios, ya del nombre del emperador, defendiendo la ley de Dios ó la autoridad instituida por Dios.

No podía faltar la costumbre protestante de ver en el campo enemigo al Anticristo y al diablo, y se oyeron en las filas de los mercenarios protestantes canciones que antes había cantado el pueblo, excitado contra el clero, celebrando las matanzas de frailes. En cambio resonaban entre los imperiales canciones alegrándose de ver á los españoles en Alemania. Por una parte los protestantes trataban al emperador de extranjero, le llamaban Carlos de Gante, carnicero de Flandes y á sus partidarios alemanes perros, aves carnívoras y víboras, y por otra los imperiales llamaban al landgrave el gatito de Hesse, que quería arañar al águila, y trataban á las ciudades mercantiles de sacos de pimienta. Los protestantes además de recordar las figuras heroicas del Antiguo Testamento, mencionaban á sus antecesores los antiguos germanos, á quienes Roma no pudo someter á su yugo, y á los emperadores alemanes, que tuvieron que sufrir tanto del «malvado papa» Hildebrando y de otros colegas suyos. En una prolífica composición poética figuran sucesivamente Ariovisto, Arminio, Federico Barbaroja y Jorge de Frundsberg como

defensores de la causa alemana; explicando Barbaroja al poeta que los alemanes estaban en su derecho haciendo resistencia al emperador, que se había hecho sayon del Papa italiano, por cuya razón ya no era emperador; que según opinion de los jurisperitos no debía guardarse fidelidad á los que faltaban á ella, y que el emperador «que os arrebatara vuestra libertad pierde también su autoridad.»

La independencia y libertad alemanas amenazadas figuran en estas manifestaciones populares al lado del Evangelio amenazado. En fin, en todas estas manifestaciones aparece el carácter religioso de la lucha junto con el político, mientras de parte de los imperiales se marca más el carácter rebelde contra la autoridad del jefe del imperio; y la verdad es, como observa Lenz muy acertadamente, que desde las grandes guerras civiles de la Edad media no se habían reunido tantos elementos del Norte y del Sur de Alemania contra el emperador. Mientras en la mente de los príncipes electores no había entrado el odio al dominio extranjero cuando la elección de 1519, en la época de que tratamos este odio había penetrado hasta en las capas más inferiores del pueblo. Al mismo tiempo que al emperador se odiaba al rey de Romanos, que para mostrarse servicial al Papa abandonó el territorio de Austria á los turcos, por cuya razón aconseja una canción que sean expulsados del país tanto el emperador como el rey Fernando.

Al principio de la guerra dijo Melancton que las apariencias y el mayor número de tropas presagiaban el triunfo de los protestantes, pero que los astros estaban en favor del emperador, y es cierto que si Carlos V no experimentó funestas consecuencias de su prematura declaración de guerra no lo debió á su mérito sino únicamente á su buena estrella; porque después de no haber conseguido el aislamiento de los dos jefes de la liga de Smalcalda, ni menos la disolución de la liga, se encontró en Regensburg, casi indefenso, con la fuerza armada que los protestantes habían reunido con gran rapidez. Las tropas del emperador se hallaban todavía en Italia, en los Países-Bajos y en Hungría, y otras se reunían en algunos puntos de banderín en la Alemania del Sur; y haciendo esfuerzos extraordinarios pudo reunir antes de la llegada de las tropas italianas quizás 12,000 hombres, mientras sus enemigos tenían más de 50,000 á su disposición. Lenz dice con razón que la historia de la guerra ofrece acaso pocos ejemplos en que todas las condiciones de buen éxito se encuentren tan acumuladas de una parte como en aquellas semanas lo estaban de parte de la liga de Smalcalda. La situación política era todavía más favorable á los protestantes que la militar; porque prescindiendo de que el mayor número de los potentados neutrales eran en Alemania protestantes declarados ó secretos y de que la Baviera era para el emperador una aliada muy incierta, entre Francia é Inglaterra se había hecho la paz; trabajaba en Hungría entonces á favor de los turcos el ambicioso diplomático eclesiástico Martinuzzi, conocido por «hermano Jorge»; existía no solamente en la Bohemia y Moravia sino también en los Países-Bajos un espíritu hostil al dominio de la casa de Habsburgo; se agitaban en la Italia central los republicanos de Siena y Lucca y se preparaba en Génova una revolución apoyada por la Francia. La situación, pues, era tal, que en agosto de 1546 escribió un personaje flamenco: «Si el emperador tuviese desgracia, lo que Dios no quiera, podría dar por perdidos todos sus territorios.»

Pocas veces, sin embargo, se perdió tan torpemente el momento favorable como entonces lo perdió la liga de Smalcalda por su desgraciada dirección de la política y de la guerra; y se comprende la satisfacción con que el emperador cita en sus memorias los groseros errores de sus contrarios, que

en su opinion deberían haber marchado inmediatamente sobre Regensburg, donde él difícilmente se hubiera podido sostener con sus contadas compañías de infantería y sus dos centenares de jinetes. Los jefes de las tropas aliadas de la alta Alemania, que fueron los que primero estuvieron dispuestos á entrar en campaña, fijaron su atención en los puntos de reunión y enganche de tropas imperiales en la Suabia alta y al mismo tiempo en la posibilidad de ocupar los desfiladeros inmediatos de los Alpes, para impedir el paso de las tropas italianas que se dirigían á Alemania. Con este objeto se dirigieron hácia el Sur, donde ocuparon la ciudad de Fussen en 10 de junio y pensaron posesionarse con un golpe de mano del desfiladero de Ehrenberg, como llave del valle del Inn, mientras los imperiales se retiraban pasando la cercana frontera de Baviera. No se sabe si aquellos jefes tuvieron la intención de continuar su avance no solamente hasta Innsbruck sino hasta el otro lado del Brenner, pero de todos modos tenían las manos atadas por el consejo de guerra de la liga, que residía en Ulma, y por los temores de los soberanos de los diferentes contingentes, que obedecieron sin demora la orden de retroceder. En 20 de julio uno de los jefes, Schartlin, tomó la ciudad de Donauworth, que quería permanecer neutral, y al mismo punto se dirigió el ejército del Norte de Alemania, reunido cerca de Meiningen el mismo día 20 de julio bajo el mando personal del elector de Sajonia y del landgrave. Ya entonces se había contrariado el plan de guerra de los príncipes con la separación de un cuerpo armado reunido en la Alemania del Norte por cuenta del elector del Palatinado, que pudiera haber amenazado á los Países-Bajos y haber cubierto la espalda de las fuerzas de la liga. La separación obedeció á las instigaciones de enviados del emperador y del duque de Brunswick. Peor fué el antagonismo que se manifestó desde el primer instante entre los dos jefes militares de la liga, el elector y el landgrave, porque el segundo esperaba que el primero le dejara la dirección militar, contentándose con los trabajos de cancillería. Mucho trabajo costó hacer pasar al elector delante de los ricos obispos de Franconia, con cuya ocupación se había lisonjeado de abrir la guerra, y según se ve no tuvieron los jefes de la liga la menor idea de hacer avanzar separadamente sobre Regensburg las fuerzas de la Alemania alta y del ejército del Norte para efectuar su reunión delante de aquella ciudad libre. En vano se presentó en el camino un enviado del embajador francés para instar á los citados príncipes á marchar inmediatamente sobre Regensburg: ellos perseveraron en su marcha y el 3 y el 4 de agosto se reunieron cerca de Donauworth con la fuerza de la Alemania alta.

Entretanto el emperador con su calma particular cerró el parlamento, celebrando después á despecho de todas las advertencias una interminable serie de fiestas con ocasión de las bodas de Guillermo de Julich y de Alberto de Baviera con hijas del rey de Romanos. En 3 de agosto partió de Regensburg; reunió cerca de Landshut las tropas auxiliares italianas y los refuerzos alemanes y españoles; volvió con ellos á Regensburg, y desde allí marchó, Danubio arriba, al encuentro del enemigo, al cual podía oponer ya 40,000 hombres aproximadamente gracias á la indolencia de la liga, que había omitido atacarle antes que reuniera aquella fuerza. Cada disposición de la liga estaba obstruida por las opiniones encontradas de su consejo de guerra y sobre todo por la terquedad del elector de Sajonia, que quería atacar primero á la Baviera y no pudiendo conseguirlo empezó á amenazar con retirarse de la campaña, por supuesto con su gente. Cuando por fin se puso en movimiento la fuerza de la liga contra Regensburg ya era tarde, y no pudo impedir que el emperador tomara posiciones en un campamento fortificado

delante de Ingolstadt para aguardar allí la llegada de las tropas de los Países-Bajos conducidas por el conde Maximiliano de Buren ó eventualmente un ataque de los protestantes. No descuidó Carlos V los asuntos políticos mientras se dedicaba á los militares, y no aceptó la declaración de guerra que le enviaron el elector de Sajonia y el landgrave; no quiso considerarles como beligerantes y obligó al mensajero á llevar á los dos príncipes la declaración imperial que les ponía fuera de la ley.

Este documento, fechado expresamente con atraso, es decir, el 20 de julio, callaba los motivos religiosos del emperador, acusando á los dos príncipes rebeldes de turbar la paz y de ocultar sus planes traidores con el pretexto de la religion. Ningun trabajo costó á los dos príncipes condenados rechazar semejante tergiversación de los hechos y recordar al emperador, el cual se fundaba en las quejas de Brunswick y otras anteriores, que él mismo las había considerado en sus tratos con los dos príncipes como asuntos concluidos. Contra la voluntad del landgrave acusó el elector de Sajonia al emperador de haber violado el derecho del imperio y haber faltado á su capitulación electoral, declarándole de consiguiente destituido de su dignidad imperial. Este príncipe, tan lento en asuntos militares, se fijó en la crisis política con mucha más decisión que el landgrave, pues deseaba nada menos que quitar á los Habsburgos la dignidad imperial. Esta idea fué expuesta en los términos más fuertes y variados por los jurisperitos y teólogos sajones, acusando al emperador de querer transformar el imperio en monarquía hereditaria suya bajo su cetro absoluto y exterminar á todos los protestantes de Alemania desde los niños de dos años, valiéndose para esto del auxilio del Papa y de los turcos. Se publicó entonces un documento que declaró fuera de la ley en nombre de la suprema majestad divina al emperador Carlos V y al papa Paulo III, «el lugarteniente del diablo en Roma.» En el mismo documento se decía que cuantos concediesen protección al emperador serían considerados como el siervo del diablo. El landgrave hubiera preferido conservarse abierta una puerta para negociar con su adversario; mas el obstinado sajón, una vez desenvainada la espada, quiso arrojar lejos la vaina, solo que la espada perdió su fuerza en semejantes manos.

Por lo demás, tanto Carlos como su general el duque de Alba procuraron evitar toda batalla campal y fatigar al enemigo con penosas marchas y pequeñas escaramuzas. A pesar de esto, hubiera podido lograrse una acción decisiva, en opinion del landgrave y de Schartlin, cuando ambos ejércitos se hallaron frente á frente delante de Ingolstadt, los imperiales apoyándose en la misma ciudad y el ejército de la liga formando un dilatado semicírculo al Oeste y Noroeste. En 31 de agosto empezó la lucha con la artillería, y si entonces se hubiese dado un ataque á las fortificaciones enemigas, en opinion del landgrave, el emperador habría quedado derrotado. Ya fuese una falta militar ó no el no haber atacado al emperador, la verdad es que la retirada del ejército de la liga de Smalcalda después de cuatro días de fuego de artillería, produjo en la opinion pública la impresión de una gran derrota, impresión que fué aumentada por lo que siguió. Se dejó sin auxilio y expuesta al enemigo la importante plaza de Neuburg, y no se impidió el peligro mayor y más inmediato, que consistía en la reunión de las fuerzas de los Países-Bajos, compuestas de 20,000 hombres, con las del emperador, á pesar de que el ejército de la liga se halló durante casi dos semanas en la situación más favorable para dirigir toda su fuerza ya contra el emperador, ya contra el ejército de los Países-Bajos, conducido por Buren.

La Baviera, que observaba una actitud muy ambigua, aguardaba al parecer únicamente ver hácia dónde se incli-

naba la fortuna de la guerra; y según las investigaciones de Druffel es indudable que se cometieron también faltas y se dejaron escapar ocasiones favorables por parte de los imperiales. No obstante, lo más fatal fué que los de la liga de Smalcalda se limitaron á la defensiva y dejaron que la guerra invadiera la Suabia. La retirada de su ejército estaba en contradicción manifiesta con las frases fanfarronas é insultantes que el elector de Sajonia y el landgrave habían dirigido al emperador en una carta en que le negaron la obediencia, hallándose aun delante de Ingolstadt, diciéndole, entre otras cosas, que por sus venas no corría suficiente sangre noble y de príncipes para poder ejecutar el decreto que les declaraba fuera de la ley, lo cual hace decir á un coetáneo que los dos príncipes, después de haber retado así al emperador, en lugar de aguardarle, huyeron.

La manera singular, dilatoria é indecisa con la cual por ambas partes se hizo la guerra, sin tener al parecer un objeto determinado, causó en ambos partidos gran descontento. Los dos adversarios, ignorando cada uno los propósitos del otro, se marcharon observándose Danubio arriba, sin que el emperador aprovechara energicamente una buena ocasión que se le ofreció, en octubre, cerca de Nordlingen, para pelear, así como los protestantes observaron igual conducta cerca de Giengen, á mediados del mismo mes. Con todo, era visible que el ejército de la liga retrocedía sin cesar, mientras el emperador se apoderaba de una plaza tras otra y ocupaba sucesivamente á Neuburg, Donauworth, Dillingen y Lauingen. Por ambas partes se contaba con la disolución del ejército contrario, fundándose los protestantes en que los italianos y españoles no resistirían los efectos de un otoño rudo de Alemania. Se refiere con visos de verosimilitud que quien apartó al emperador de su resolución prematura de licenciar las tropas fué su confesor Soto, aquel fraile partidario entusiasta de la guerra. Por supuesto, el buen éxito que coronó los consejos del fraile fué luego atribuido al emperador, alabado como otro Fabio Cunctator, y á su perseverancia inflexible.

Dos cosas fueron las que determinaron principalmente la campaña del primer semestre de la guerra á favor de las armas imperiales, á saber: el no recibir los de la liga ningún auxilio exterior y el tomar parte en la lucha el duque Mauricio de Sajonia. Con razón sorprende, en opinión del italiano Jovio, que el rey Francisco I no abandonara su actitud tranquila al tener noticia del combate de artillería delante de Ingolstadt. Verdad es que el rey Francisco andaba ocultamente en el juego cuando los italianos dieron muestras de descontento y que cerca del sultán trabajaron, después de un breve acuerdo, los representantes franceses y los de Habsburgo los unos contra los otros; pero también es verdad que Francisco I era entonces un hombre completamente quebrantado, á punto de matarse á fuerza de diversiones, y no era ya un rival temible para el emperador, que si bien achacoso como el otro, sabía sobreponerse á sus padecimientos, avergonzando así la incorregible liviandad del rey de Francia. El delfín, hijo de Francisco, tomó mayor interés que su padre por auxiliar á los protestantes alemanes por medio de una intervención energética de la Francia, y además la duquesa de Etampes, querida del rey todavía poderosa, prometió influir cerca de éste á favor de ellos. De aquí resultó que en otoño de 1546 se sometió al exámen de la liga de Smalcalda un vasto plan de una liga anti-imperialista, que debía tomar simultáneamente la ofensiva en Alemania, en Italia, en los Países-Bajos y en los Estados hereditarios de la casa de Austria. Debían coadyuvar la Inglaterra, los suizos y la Dinamarca, y en el caso probable de quedar la liga victoriosa debía procederse á la elección de un nuevo emperador y conceder al rey de Francia no solamente el ducado de Milan

sinó también el cargo de vicario del imperio en Italia y en los territorios á la izquierda del Rin. Es indudable que entre Inglaterra y Francia hubo negociaciones en este sentido y que el joven príncipe Cristóbal de Wurtemberg excitó la ambición del delfín con la esperanza de ser elegido emperador de Alemania. El hecho, sin embargo, es que la liga de Smalcalda no consiguió de Francisco I ni de Enrique VIII más que frases huecas. El rey de Inglaterra juzgó conveniente enterar á Carlos V de estas negociaciones, y el rey de Francia, yendo más lejos, ofreció al emperador de nuevo su auxilio contra los protestantes, para no perder aquel casamiento entre las dos cortes que ya hemos mencionado, á pesar de que al mismo tiempo instigaba contra el emperador á todos sus adversarios, tanto en Constantinopla y Venecia como en Roma y en el campo de la liga de Smalcalda. Carlos V dijo respecto de esto á un embajador del rey de Francia, que los dos soberanos habían medido suficientemente sus fuerzas, y respecto de las amenazas que se le hacían de parte de Francia con auxiliar á los protestantes, contestó que en su mano estaba arreglarse con ellos siempre que quisiera.

Mas que todos estos desengaños sintieron los protestantes alemanes el fracaso de las esperanzas que habían fundado en el apoyo del rey de Dinamarca, su correligionario, el cual, olvidando su antigua alianza, prometió al emperador no apoyar á sus enemigos. Los de la liga de Smalcalda esperaron todavía algún tiempo que, conforme á la promesa de los franceses, ocurriría algo en la próxima primavera para aliviar su situación y que por lo menos los turcos avanzarían, dando así algún respiro á su partido. Mientras la guerra seguía la marcha lenta ya citada y la liga no recibía el socorro pecuniario extranjero que había esperado, ocurrió repentinamente en Sajonia la gran catástrofe que dió un nuevo é imprevisto giro á la lucha.

Durante mucho tiempo se entretuvo Mauricio contemporizando y continuando al lado de la liga de Smalcalda, no obstante que el emperador le había encargado ya en agosto la ejecución de su decreto declarando fuera de la ley al elector y al landgrave, so pena de exponerse al mismo castigo; pero tampoco gustaba á Mauricio que la opinión pública en la Alemania protestante empezara á ver en él un papista secreto, y lo que más le importaba era entenderse con el rey de Romanos, con el cual debía operar en comun, sobre el reparto del botín, es decir, de los territorios de los príncipes ejecutados. Cuando Fernando, en una entrevista que tuvo con Mauricio en Praga, renunció á su primitiva exigencia de repartirse por partes iguales la Sajonia electoral, y prometió respetar por lo pronto en los territorios conquistados la religión protestante, procedieron ambos príncipes al ataque simultáneo, habiendo enviado Mauricio en 27 de octubre á su primo el elector el correspondiente aviso de la ejecución. En aquella misma fecha concedió el emperador la transmisión de la dignidad electoral de Sajonia á la rama albertina en la persona de Mauricio, sin estar perfectamente seguro de la fidelidad de éste.

Las tropas del rey de Bohemia y del duque Mauricio se apoderaron fácilmente del electorado, del cual solo resistieron Wittenberg y Gotha, mientras los lanceros y húsares húngaros y polacos tuvieron aterrorizadas las poblaciones abiertas.

A pesar de esto, el elector Juan Federico continuó todavía algunas semanas con el ejército de la liga, si bien no se pensó ya en una acción seria, pues que la falta de dinero y las enfermedades fueron aclarando las filas. En las ciudades libres ya se había evaporado el humor belicoso reformista, y faltando completamente las remesas pecuniarias del Norte, las grandes plazas mercantiles del Mediodía de Alemania

comenzaron á negarse á poner sus capitales y su crédito al servicio de la liga, con tanto mayor motivo cuanto que los resultados obtenidos no correspondían de ninguna manera á los sacrificios hechos; pues la ciudad de Estrasburgo por sí sola había entregado á la caja de la liga 220,000 florines para la campaña del Danubio. El antiguo espíritu particularista volvió á dominar; la ciudad de Augsburgo llamó al jefe de su ejército, el capitán Schartlin, en el mes de octubre; y así como este militar de los reformistas, mas popular entre

ellos de lo que merecía, criticó posterior y acerbamente la dirección del landgrave, del mismo modo el landgrave culpó del mal resultado de la campaña á las ciudades, que no quisieron menoscabar su comercio ni sus bienes materiales.

El landgrave hizo en el campamento delante de Giengen todavía algunas tentativas estériles, valiéndose de la mediación del marqués Juan, para inducir al emperador á negociaciones pacíficas, manteniendo por otro lado correspondencia con su yerno Mauricio á pesar de la guerra de Sajonia



El emperador Carlos V
Facsimile de un grabado en madera hecho en 1547

y propuso á Buren una entrevista, con asistencia de Granvela, cuando el ejército de la liga se había retirado de la Suabia.

En 21 de noviembre empezó la retirada sin que las fuerzas de la liga fuesen seriamente perseguidas por las imperiales; pero el hecho es que los protestantes fueron los primeros que se retiraron, ni realizaron tampoco su plan de establecer un campamento de invierno en la Alemania alta. Se comprende que Juan Federico, después de haber sacado cuanto pudo de la ciudad católica de Gmund, del abad de Fulda, del arzobispo de Maguncia y también de la ciudad protestante de Francfort, deseara vivamente reconquistar su territorio y castigar á su primo. Lo que faltaba saber era el propósito del landgrave, de regreso á su país á ver á sus dos esposas. Algunas personas asustadizas le atribuyeron proyectos des-

esperados; los unos temían que apelara á una revolución de la población rural, y otros suponían que había perdido el juicio. La verdad era que no gozaba en su territorio de la simpatía que hubiera sido indispensable para emprender una lucha desesperada contra el emperador. No faltaron nobles hessenses y de territorios vecinos que quisieron aprovecharse en su beneficio de la triste situación del landgrave, mientras éste se hallaba inactivo y sin esperanzas en su palacio, y el emperador, libre ya de sus adversarios, atravesó como en triunfo la Suabia y la Franconia, recibiendo los homenajes de las ciudades y príncipes completamente desesperanzados. En pocas semanas se le sometieron las pequeñas plazas de Bopfingen, Nordlingen, Dinkelsbühl, Rotenburg y otras. Durante más de un cuarto de hora dejó Carlos arrojados á los embajadores de Nordlingen antes de dignarse